

**LOS GUERREROS  
DE LA MARCA**

**Alfredo García Agea**

**LOS GUERREROS  
DE LA MARCA**

**TERCERA PARTE  
LA AURORA DE LA ESPERANZA**

**ESDR**  **JULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN METEÓRICA}

Primera edición, septiembre 2022

© Alfredo García Agea, 2022

© Esdrújula Ediciones, 2022

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Javier Megías

Maquetación: Carmen Álvarez

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : 1460-2022

ISBN: 978-84-126090-0-4

Impreso en España · Printed in Spain

*Recuerda que estás tan solo a mil miedos de cumplir tu sueño.*

G.AGEA

A Kikito, Juan y Marc.

# La Aurora de la Esperanza



## CAPÍTULO 1

Las estrellas titilaban hermosamente en la oscura noche. El sureño mar Zoihlac descansaba inmóvil tras varios días de agitación, reflejando sobre su superficie los infinitos astros y creando un efecto en el que era difícil distinguir dónde empezaba el cielo y terminaban las aguas. La brisa marina aspiraba a refrescar una cálida temperatura que, mezclada con la humedad, provocaba una sensación de sofoco liberada en un angustioso y pegajoso sudor. Era como si nada o nadie se atreviese a mover ni un ápice de su ser por no desbaratar la extraña, aunque hermosa, armonía creada en el ambiente. Ni un solo ruido se aventuraba a romper el silencio instaurado horas atrás. Un silencio donde reposaba una multitud de variados sentimientos pero sobre el que gobernaban la desesperanza y el desaliento. El galeón de la Llama Negra avanzaba señorial y con decisión hacia el este, arrastrando a una Pluma Escarchada cargada de impotencia e incredulidad ante su primera derrota.

En la cubierta de la fragata, cinco hombres vigilaban a los piratas prisioneros. En el palo de trinquete, el más próximo a la proa, Atiel, Óthil, Kratis, Tratis y Córcelur permanecían

atados con fuertes cuerdas. En el centro del navío, Marcius, Brea, Piartos e Ícatos fueron inmovilizados de la misma manera en el palo mayor. Has, por otro lado, fue trasladado al galeón horas antes sin explicación alguna, dejando a sus compañeros patidifusos.

Con rabia y pesadumbre, los presos observaban a los guardias pasear por su amado barco con una inexorable profesionalidad. No reían entre ellos, como cualquier pirata habría hecho tras conquistar un barco. Tampoco se mofaban de sus prisioneros o los maltrataban; simplemente se limitaban a recorrer con seriedad la cubierta de popa a proa y viceversa. Este hecho, sumado a la inteligente trampa que previamente les habían tendido para capturarlos, hizo evidente una realidad: la Llama Negra no era una simple asociación de personas lunáticas que debiera subestimarse.

En el poderoso galeón, a su vez, Élir se hallaba encerrado en una celda bajo cubierta. Entre barrotes de hierro, su cabeza lo flagelaba sin piedad tras su fallida misión. Al ácido pensamiento de haber perdido la oportunidad de encontrar a los magos se unió una nueva reflexión: todos los piratas estaban ahora presos por su culpa. Socavando en su mente, se topó con un sorprendente sentimiento de afecto por la tripulación de la Pluma. Sin querer, pensó en los hermanos de pelo rubio Kratis y Tratis, tan idénticos y aplicados en sus tareas. A continuación, vio la imagen de Córcelur, sentado en la cofa con la única compañía de una botella de ron; tan huraño, tan solitario y, pese a ello, tan feliz. El bueno de Has se adentró sin permiso en su cabeza contando una de sus innumerables leyendas mientras se ajustaba el cinturón alrededor de su gran barriga cervecera. No obstante, no duró mucho, pues le

interrumpió la sonrisa de Piartos enseñando a Ícatos a luchar con la misma ilusión que la de un padre cuando es testigo del progreso de su hijo. Óthil le había apoyado desde el principio y no pudo evitar recordarlo dando órdenes a la tripulación. Incluso Atiel, al que menos esperaba apreciar, despertó un profundo sentimiento de pesar en su corazón. Sabía perfectamente que el contramaestre lo repudiaba y, sin embargo, no dudó en lanzarse al combate por liberarlo. Lo mismo hizo Brea. Por algún extraño motivo, no podía borrar de su mente la mirada de la chica cuando el aurado se disponía a abandonar la fragata. Una mirada que parecía venir de más allá de su escudo de mujer de piedra y que reflejaba una sensación que ni ella misma conocía. Al final, todos empuñaron sus espadas para liberarlo en un ataque liderado por su capitán. ¿Quién le habría dicho aquella noche en la guarida de los proscritos que Marcus *Dedo de cobre* arriesgaría su vida y la de su tripulación por él? Éilir sonrió al recordar cómo el pirata se abalanzó sobre el oficial de la Llama empuñando su cimitarra en una mano y la justicia en la otra. Ya no había duda: el capitán de la Pluma Escarchada había encontrado algo en lo que creer.

Se sentía terriblemente culpable. Al fin y al cabo, él había sido la chispa que prendió aquel devastador incendio. No importaba la traición de Ulín, al que llamaban Junquillo, ya que de no haber sido por el leñador, los piratas ahora estarían saqueando barcos y disfrutando de su botín mientras se emborrachaban en la isla de Médula. Ahora serían entregados a la ley izgardiana a cambio de una desorbitada suma de dinero. Después, no tardarían mucho en ser ejecutados.

Paralela a su culpabilidad, una aguda congoja e intranquilidad surcaban su pensamiento. En unos días llegarían a la isla de Poz,

donde unas oscuras criaturas le esperaban para hacer quién sabe qué atrocidades. Por supuesto, intentarían arrancarle cualquier información y, con total seguridad, no escatimarían torturas para ello. Después de conocer los planes de Fáhlor y la localización de Lucila, sería tan solo cuestión de tiempo que desquebrajaran la Aurora de la Esperanza y se hicieran con Crisa. Todo estaba perdido.

Aunque ya había examinado su celda de arriba abajo, no halló manera alguna de escapar. Además, salir de entre esos barrotes le colocaría en una situación comprometida, desarmado contra la numerosa tripulación del galeón, que había demostrado ser un duro adversario. El leñador optó por ser realista y asumir la imposibilidad de salir de aquel navío con vida.

—¡Aurado! —le sorprendió el guardia—. El capitán te espera en su camarote. Extrañado, se puso en pie y se aproximó a la puerta, donde le esperaban cuatro soldados vestidos con las capas negras del uniforme. Uno de ellos, portador de un parche sobre un ojo, sostenía unos grilletes oxidados para sus muñecas.

—El cielo está verdaderamente oscuro, chicos —dijo el guardia mientras cerraba las argollas y clavaba su mirada en el consternado Éilir.

—Sí, ya lo hemos visto —respondió otro—. Es una noche sombría.

Caminaron a lo largo de un pasillo de madera, dejando a ambos lados las hamacas de los tripulantes, las bodegas y una sala de armas digna de los arsenales de los grandes reinos. Se cruzaron con varios soldados que lanzaron curiosas miradas al leñador. Tras subir dos tramos de escaleras, accedieron a la cubierta, donde reinaba la tranquilidad. Unos treinta

miembros de la Llama Negra se ocupaban en distintas tareas, aunque la mayoría aprovechaba la bonanza para cenar. Giraron sobre sus pies para acceder a la batería de toldilla, donde una preciosa puerta de madera tallada se interpuso en su camino. Tras llamar varias veces, accedieron al interior.

—Señor, como ordenasteis, aquí está el aurado.

El camarote del capitán era el triple de grande que el de Marcus e infinitamente superior en cuanto a ostentación. Un gran tapiz con el símbolo de la Llama Negra colgaba de la pared frontal. A lo largo de toda la estancia se distribuían lujosos muebles que sujetaban distintos objetos que, aunque desconocidos para Éliar, se adivinaban de incalculable valor. En el centro de la habitación, una mesa de hierro sostenía una abundante cena que incluía marisco, viandas y varias jarras de vino. Sentado tras ella, el mismo hombre que ordenó su captura hizo un gesto con la mano para invitar a los recién llegados a entrar.

—¿Está bien atado? —preguntó el capitán.

—Sí, mi señor —contestó el soldado del parche.

—Bien, retiraos pues y ordenad a mi guardia personal que venga de inmediato —ordenó con elegancia el siniestro señor, cuya distinguida y oscura vestimenta no dejaba de sorprender a Éliar—. Sentaos, joven.

De inmediato, los guardias abandonaron la estancia para ser reemplazados por otros cuatro. Por su aspecto más fornido, el aurado intuyó que deberían ser la élite del galeón. Siguiendo las órdenes indicadas, se colocaron ante la puerta, a espaldas del leñador.

—Antes no hemos tenido ocasión de presentarnos, Éliar —comenzó el capitán—. Mi nombre es Áliasar, comandante

de la Llama Negra del mar Zoihlac. Me gustaría daros la bienvenida a mi galeón y, por supuesto, invitaros a compartir mi cena.

El joven observó a aquel anciano con detenimiento. A pesar de su avanzada edad, desprendía una imagen enérgica y poderosa. Frente a él, esperaba con una sonrisa la respuesta a su invitación.

—¿Qué vais a hacer con la tripulación de la Pluma? —preguntó directamente el leñador ignorando el ofrecimiento.

—Vais demasiado rápido —respondió Áliasar con gesto ofendido—. Esta cena va a ser muy provechosa para ambos.

—Lo dudo mucho.

—Creedme, antes de llegar al postre, los dos habremos aprendido algo —continuó el capitán—. Yo sabré dónde se esconde Lucila y vos habréis comprendido que esto no es ningún juego.

Los ojos de Élir se incendiaron de ira al escuchar el nombre de su hermana en la boca de aquel siniestro señor. Sus puños, de manera involuntaria, se apretaron con fuerza.

—Por cierto, a partir de ahora, pensad muy bien lo que intentáis —amenazó Áliasar—. Los cuatro guardias que vigilan vuestra espalda son los mejores ballesteros de mi barco. No dejarán ni un momento de apuntaros a la cabeza. Ahora, ¿podemos cenar tranquilamente mientras mantenemos una agradable conversación?

El aurado respiró profundamente, reconociendo que poco conseguiría exaltado. Imaginó a Fáhlor sosegándolo con la mirada. Entonces, relajó sus manos y asintió con la cabeza.

—¡Ah! Permitidme presentaros a mi mascota.

En un lateral del camarote, un sirviente del capitán corrió una cortina roja tras la que apareció una bella fiera. Se trataba

de un gran tigre blanco con manchas negras en forma de estrella sobre su pelaje. Alrededor de su cuello, un collar de cuero remataba el extremo de una potente cadena fijada a la pared. En ese momento, la criatura se hallaba tumbada sobre el suelo, aparentemente sumida en un profundo sueño.

—El tigre de la noche, lo llaman—explicó el anfitrión—. Son muy escasos. Los pocos que quedan pueden encontrarse en la península de Boscada, al sureste de Céleror. Son extremadamente agresivos. La gente los rehúye y los considera demonios. Yo, al contrario, los encuentro fascinantes. Su pelaje representa la inversión de la noche: estrellas negras sobre un cielo blanco. ¿No es una buena metáfora para la Llama Negra?

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó Élir sin dejar de contemplar al animal con conmiseración.

—Cada cierto tiempo lo dormimos porque se pone muy nervioso. Como te acabo de explicar, esta raza de tigre es extremadamente agresiva. Pero no te preocupes, está a punto de despertar.

—Asumo entonces que os gusta tener el control de todo.

—¡Buena reflexión, Élir! —exclamó el capitán entre risas—. ¿Veis? Nos vamos a llevar bien. Sois muy inteligente. ¡Comed!

Con los grilletes en sus muñecas, el aurado partió un trozo de pan y se lo llevó a la boca junto con un pedazo de carne.

—Tenéis vuestra fama muy bien merecida —lo halagó Áliasar mientras cogía un cangrejo de una bandeja de plata—. Ciertamente es que lucháis con un estilo sin precedentes. Fáhlor ha hecho un gran trabajo, sin duda.

—¿Conocéis a Fáhlor? —se extrañó el leñador.

—No personalmente, por desgracia. Todavía al menos —contestó el capitán—. No obstante, lo sé todo sobre vos.

Desde que descubrimos vuestro paradero, la Llama Negra se ha esforzado al máximo en capturaros cuanto antes, para lo que estudiamos hasta el más mínimo detalle de cada rumor que llega a nuestros oídos. Por supuesto, lo que más salta a la vista es la impecable habilidad en combate. Un semidiós, según he escuchado. Lumea, Zarzalia, ahora en la Pluma Escarchada... Vais levantando admiración allá por donde pisáis —Áliasar dio un buen trago a su copa de vino y sirvió en la copa de Élir—. Sin embargo, no puedo evitar pensar en lo fácil que debe ser luchar cuando sabéis que no vais a morir. El aura de regeneración os protege. ¿Os consideraréis igual de valiente que un guerrero normal cuya vida pende de un hilo desde el momento en que blande su espada?

—Yo no elijo luchar —respondió el aurado con seriedad—. Ni disfruto con ello. No soy un asesino.

—¡Eso decídselo a los veintidós miembros de mi tripulación que ahora yacen en el fondo del mar! Vuestra captura debería haber sido pacífica, pero permitisteis una batalla sin importaros las vidas de mis soldados o de vuestros amigos —replicó el capitán subiendo la voz—. Pero escuchad con atención: no sois inmortal. Un ataque que os produzca la muerte antes de que vuestra aura se active sería definitivo. Atravesaros el corazón, arrancaros la cabeza... pondría fin al héroe de la ridícula Aurora de la Esperanza.

—¿Y por qué no lo hacéis entonces?

—Porque Goroeth tiene otros planes.

Élir rio con sarcasmo, provocando el disgusto de su anfitrión, que lo miraba con desprecio.

—Solo sois una marioneta en manos de Goroeth —lo denostó—. No sois nadie.

—Reíos ahora, joven de Eternia. Pronto no habrá alegría en vuestro mundo. Esta orden a la que vosotros llamáis «marioneta» se ha expandido por toda Crisa desde hace 1.522 años pasando inadvertida. ¿Podéis vos decir lo mismo de la Aurora?

—Quizás la Aurora de la Esperanza nunca optó por esconderse en la sombra hasta que «su hermano mayor» apareciera —respondió el aurado con orgullo.

—No, Élir. No se trata de eso —corrigió Áliasar—. Si vuestra orden es un fracaso es porque no goza de la poderosa organización de la Llama Negra. Permitidme que os explique. Hay un solo líder, un único general absoluto. No obstante, el poder se divide inmediatamente entre los segundos: los comandantes. Cada comandante se encarga del gobierno de la orden en distintas partes del mundo. Como ya sabéis, yo soy el que regenta la Llama Negra en el Zoihlac. Todos actuamos siguiendo las estrictas órdenes de nuestro general que, a su vez, es el único que está en contacto con Goroeth. Con esta estructura, dividimos el poder por toda Crisa. Por el contrario, la Aurora solo tiene un mando. Ese ridículo Consejo de Sabios. Una vez los atrapas, atrapas a toda la orden.

—No me impresionáis, capitán —contestó el joven, impassible—. Vuestra orden se compone de personas que fingen ser normales y siguen una vida ordinaria: herreros, artesanos, panaderos, etc. Sonríen, celebran con sus amigos y cuidan de sus familias. Con todo eso, cuando son llamados por su comandante, acuden sin dudar para acatar cualquier tipo de mandato, sin importarles si se trata de robar o incluso de matar a los amigos con los que previamente reían.

—Hacemos lo que es preciso para que reine el orden de los Guerreros de la Marca.

—¿Cuál es el premio? ¿Os perdonará la vida Goroth cuando se haga con toda Crisa? ¿Creéis que os dejará libres sin integraros en su ejército? Dudo que un demonio sin sentimientos sea capaz de mostrar misericordia.

—Sois demasiado joven para entenderlo —dijo el capitán tras limpiarse la boca con una servilleta de tela—. Tarde o temprano, la oscuridad siempre llega. Más vale estar de su lado que en su camino.

—Cobarde.

—¡Suficiente! —atajó Áliasar—. Cambiemos de tema. Me aburrís con vuestra noble aunque ridícula ética. ¿Dónde se oculta vuestra hermana?

—Os anticipo, capitán, que no sé el paradero de Lucila y, de saberlo, jamás os lo diría.

El tigre de la noche emitió un ligero rugido, tras el que movió sus escápulas y siguió durmiendo sobre el suelo. Ambos comensales observaron con admiración al animal durante unos instantes.

—Justo lo que imaginaba —continuó el anfitrión—. Pero no os preocupéis, querido huésped. Como ya os he dicho, al final de esta cena, yo sabré la localización de esa chica y vos habréis aprendido que esto no es un juego.

\*\*\*

—Marcius, tenemos que hacer algo —susurró Brea, cuya posición atada y orientada hacia la popa le impedía ver a sus compañeros de proa.

Mas no hubo respuesta. El capitán, cabizbajo y abrumado, ni siquiera parecía estar presente. La teniente lo llamó dos veces más, ambas sin éxito.

—Marcius, ¡maldita sea! Tenemos que salir de aquí y rescatar a Élir —repitió de nuevo la chica cuidando de no ser escuchada por los guardias de la Llama.

—No te contestaré, Brea —dijo Piartos atado en el punto opuesto del palo mayor—. Aún tiene mucho que asimilar.

—¿Cómo estás tú? ¿Puedes luchar? —preguntó la teniente.

—Estoy bien. No me han herido más allá del orgullo.

—¿Ícatos? Te necesitamos —dijo ahora la mujer al joven ladrón, sentado justo a su lado.

—Solté las espadas sin siquiera presentar combate —se lamentó el de Lumea con la mirada perdida, recreando en su cabeza cómo el miedo le venció al encararse con el enemigo—. Élir tuvo que salvarme. Soy un cobarde.

—Escúchame. Ya habrá tiempo para lamentos. Ahora tenemos que liberarnos —apremió Brea—. ¿Crees que puedes luchar?

—No lucharé —volvió a intervenir el pirata del parche—. ¿Acaso no ves que está bloqueado?

—Genial... Piartos, ¿en qué estado se encuentran los demás?

—Están atados en el palo de trinquete —contestó el mentor de Ícatos—, Kratis y Óthil están inconscientes, Tratis parece estar en condiciones de luchar, Córcelur, según veo desde aquí, sufre una intensa hemorragia en el hombro.

—¿Y Atiel? ¿Está despierto?

—Tiene la rodilla dislocada. Yo no contaría con él —respondió Piartos.

—¡Maldita sea! —exclamó la teniente, frustrada.

En ese momento, guardaron silencio ante la proximidad de uno de los guardias que paseaba por la cubierta. La pirata

aprovechó para reflexionar. Según el estado de los demás, tan solo Tratis, Piartos y Brea podrían alzarse contra los soldados de la Llama Negra.

—Solo son cinco —susurró la chica una vez volvieron a estar solos—. Podemos con ellos entre los tres.

—Primero, estamos desarmados. Segundo, ¿cómo piensas comunicarte con Tratis? Tercero, se te olvida un pequeño detalle: estamos atados a este maldito palo —contestó el pirata con dureza.

—Las armas están en las escaleras de toldilla —aclaró Brea—. Las tengo a escasos metros de mí. Si nos soltáramos, podríamos hacernos con ellas enseguida. En cuanto nos pusiéramos en pie, liberaríamos a los demás y acabaríamos con los guardias.

—¡Buen plan, teniente! —dijo con ironía Piartos—. Pero te repito que estamos atados.

—Debe haber alguna forma de romper estas cuerdas...

El tiempo parecía escaparse de la cubierta de la Pluma Escarchada mientras la segunda de abordó intentaba encontrar algún plan con sentido. No obstante, cada instante que pasaba evidenciaba la desesperada situación de los piratas. Cada idea que se le ocurría a la teniente se esfumaba como el humo al enfrentarse a la realidad.

—La familia ha fracasado —dijo de repente Marcus sin siquiera alzar su mirada—. No nos queda nada si cae la familia.

—¡Te equivocas! —replicó Brea que, aunque giró su cabeza, no alcanzaba a verlo por completo. Ha fracasado un miembro. La familia sigue aquí, unida.

—Míranos. Observa lo que ha quedado de la famosa tripulación de la Pluma. Apenas diez piratas destrozados. ¿Por qué nos traicionó?